

QUERIDO ARTE, DEVUÉLVEME A MI CHICA

-PEDRO ESTEBAN-

Sus ojos sinceros me cautivaron, unos ojos llenos de amor y compasión, unos ojos muy ojos, demasiado para serlo. Impensables, imposibles. Yo, que tras mi última desventura me había convertido en un experto bailarín de tangos fúnebres, que había dirigido el compás de sombras con cuarenta pies izquierdos, ahora me veía sometido a un magnetismo que daba por necesariamente perdido.

No podía. Intentaba aguantarle la mirada, y a más luchaba, más me dolía el orgullo. <<Esto no quedará así>>, gruñían mis pensamientos. De nada servía contemplarla desde el deseo, como una mera noche de escarceo. Penetraba en mi alma y me quemaba la piel, prendía hogueras que ninguna historia de batallitas había tenido el placer de presenciar jamás. Tampoco podía arriesgarme a ahogarla en tinta, pues la escritura para estos asuntos es un peligroso doble filo, capaz de encadenar mi inspiración al ritmo de su parpadeo. Y lo peor, sus ojos eran tan inocentes, tan sosegados... si algún fantasma miraba a través de ellos, lo hacía cual maestro del escondite.

¿Cómo hablar con unos ojos así, libres de las paredes del cristal? Quizás lo ideal sería comenzar con la típica cortesía, un <<qué tal te va la vida>>. Sí, un clásico, una ruta segura. Demasiado segura, de hecho; redundante, poco original. Imagino esas palabras regurgitadas en mi boca, peleándose con mi conciencia. Sé que no soy ni de lejos el más indicado para inquirir vidas ajenas, menos si se trata de vidas alegres; mi hábitat natural es la cuerda floja, mi pasatiempo favorito es jugar conmigo, reservando un asiento a la parca en primera fila para verme reír en su cara.

Pensándolo de otra manera, igual con ella me sobrarían las charlas, pasaría directamente a la acción. Intercambiar saliva, masajear su campanilla, devorarla por

completo, y así en un infinito de fantasías posibles. <<Idiota, así perdiste a la última>>, me digo. A veces olvido que no todos somos de la misma especie, aun siendo todos igual de animales. Compartimos un mismo instinto, las mismas ansias por cazar, aunque nos cueste asumirlo. Supongo que unos se han amaestrado mejor que otros.

¿Qué hago? La ciudad es diminuta, nuestros caminos están abocados a cruzarse tarde o temprano. Me niego a encontrarla y quedarme pasmado como un pánfilo. Necesito meditarlo con calma, esperaré a la puesta de sol y me iré a mi lugar de recogimiento: bajo el puente.

Con el crepúsculo acompañando mis dudas, recorro unas calles que parecían haberse confabulado para hundirme el dedo en la yaga. Sembradas de parejas abrazadas con ternura, me recordaban lo amargo de la soledad. Pero ignoraban que la soledad que me vestía era la mía. ¿Quién decidió que estar solo fuese una condena? Con certeza, el mismo que necesitaba alguien que idolatrara su compañía a cada maldito segundo para convencerse de su arrogante valor en comparación a cualquier otra. Ojalá pillar desprevenidos a tantos enamorados y obligarlos a charlar entre ellos a través de sus secretos. Sería muy curioso averiguar si aquello de <<en la salud y en la enfermedad>> es así de genuino.

Llego a la orilla del río. Me siento y hundo mis pies descalzos. Saco un libro de poesía de mi bolsa, uno negro, de los tristes; me reconfortan, te demuestran que hay todavía personas puras en este mundo, con la valentía de evidenciarse frente a la mojigata hipocresía del resto. En la misma bolsa, un cuaderno y una pluma aguardan pacientes una posible hemorragia interna. Suelen emerger en mitad de la lectura, también al terminar. El escritor me vomita y yo le devuelvo el favor, a ver quién cuenta la mayor desgracia.

Las horas se funden con el cielo, y la luna toma el testigo. Una enorme familia de luciérnagas aparece con su espectáculo de luz. Se han compadecido de mí, quieren ayudarme a rascar minutos. Si me entendieran, les daría las gracias, justo iba a escribir. No llevo ni dos versos, cuando una figura me ensombrece por la espalda.

-No sabía que fueras artista.

Giro el rostro, allí estaba. Ese cabello ondulado, esos ojos color mar limpio, esa piel blanca y cariñosa cual navidad infantil.

-¿Te importa si te acompaño un ratito?- pregunta, sentándose a mi vera.

-En absoluto. Mi casa es tu casa- soltó una tímida carcajada.

-¿Llamas “casa” a estar bajo un puente?

-Soy artista, tú misma lo has dicho, ¿recuerdas?- le regalo una media sonrisa pícara.

-No te quito razón.

Se detiene a contemplar el paisaje a su alrededor. Aprovecho y me recreo en su perfil. La madre que la parió... Es casi utópico que un vientre tan oscuro haya podido alumbrar algo tan hermoso.

-Sitios como este me relajan muchísimo- apunta.

-Sí, la verdad. A veces, el silencio es la mejor medicina.

-¿Silencio? Nada de eso. Aquí se viene a escuchar lo verdaderamente importante.

Un gesto de extrañeza permanece en mi cara por varios segundos. No me lo esperaba.

-¿A qué te refieres?

-Está claro, ¿no?-comenta, con la ilusión de quien comparte un amado tesoro- El rumor del río al fluir... Imagínalo en tus venas. ¿Nunca te has dejado llevar por los sonidos de tu cuerpo? Vivimos rodeados de tanto ruido intrascendente que obviamos nuestra propia música, de dónde venimos. Es en parajes así que experimentamos el privilegio de volver a las raíces, conectar con nuestra esencia- tras una pausa, sonrío-. Pero creo que explicarle esto a un artista es una tontería.

Me quedé absorto, embelesado. Acababa de desnudarme, no le había hecho falta una primera cita.

-¿Qué pasa?-me mira, traviesa- ¿Te he dejado mudo?

Esta es la oportunidad de saldar mi cuenta pendiente, jamás había estado tan convencido. La miro a los ojos, ya no hay miedo que ocultar.

-Ese derroche de inspiración me ha pillado desprevenido. He conocido varias personas muy sugerentes, ninguna tan poética.

-¿No estás acostumbrado al romanticismo?- preguntó.

-No a presenciarlo directamente.

Se acerca, puedo sentir su respiración. Sus ojos se posan en mis labios.

-A lo mejor necesitas una musa que te lo enseñe.

Nos volvemos estatuas. Hacemos interesantes esos instantes previos a lo que está a punto de ocurrir.

-No te quito razón- concluí.

Y así, nos besamos con el ansia de quienes han crecido en ayunas, con la pasión de dos mitades unidas más allá de hilos y conexiones místicas. Mi libreta nos observa abierta en mis piernas, aprende que hay poemas incontenibles en la esclavitud de un verso, indomables para la creatividad. El amor platónico no entiende de tinta.

Son las siete y media de la tarde. Releo esto que acabo de fabular. No me lo explico. Sin darme cuenta, he ideado un personaje distinto a mí y le he entregado a mi mujer y romance ideales. Podría ser una señal. Podría existir una belleza que solo emane del arte, cuyo brillo sea inalcanzable para el propio artista, una belleza que porte esa esperanza por lo bello que tan difícil nos es exhumar.

Aun así, querido arte, no cantes victoria. Esto no quita que en algún momento el tiempo te dé un toque de atención. Terminarás devolviéndome a mi chica.